

Diversidad de significados de la palabra "Mundo".

"Hay dos temas que creemos os podemos sugerir como más accesibles a vuestra consideración. Son éstos: ¿Cómo ve hoy el mundo a la Iglesia?, y ¿cómo ve la Iglesia hoy al mundo?"

"Aquí, la palabra mundo precisa una breve exégesis, por entrar un significado polivalente. Vosotros, desde luego, la conocéis y sabéis evitar el equívoco que el empleo de esta palabra puede engendrar. El mundo es el cosmos, el universo, la maravillosa, misteriosa e inmensa obra de Dios creador; el mundo es toda la Humanidad, toda la familia de Adán, que Dios amó, con su vocación sobrenatural, con su dramática y hereditaria desventura y con su no menos dramática e inefable redención; lo somos nosotros, y mundo es el hombre privado de la luz de Dios, y plenamente decidido a negarla, a simularla, a profanarla; concepto negativo original del Evangelio. Un agudo pensador y poeta (Leopardi) lo observa: "Cristo fue el primero que dio claramente al hombre el término mundo, cantor y preceptor de todas las virtudes falsas..., esclavo de los fuertes, tirano de los débiles, enemigo de los desgraciados..., el mundo". Para Cristo, el mundo así entendido es la antítesis de su reino, el reino de la negación, de la falsedad, de la astucia, del egoísmo, del odio; ese mundo que, como dice el Evangelista: "El mundo no lo conoció. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron" (Ju., 10, 11); es la expresión, con frecuencia poderosa y seductora, de la vida humana que está fuera del alcance de la bendición cristiana, aquella por la que Cristo no oró: "No te pido por el mundo" (Ju., 17, 9). Indicamos esta pluralidad de significados para evitar posibles confusiones, pero es plenamente evidente que, en este caso, no consideramos directamente este sentido peyorativo de esa palabra tan expresiva, el mundo.

Discurso del Papa al Patriarcado romano (13 de enero de 1966); texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 14, texto al castellano en *Eclesia*, número 1.276.

"La realidad que se designa con la etiqueta de "mundo contemporáneo" es demasiado compleja para poder dar una respuesta sencilla y unívoca. La Iglesia es positiva en sus juicios, no es apriorista, ni supersticiosa, ni superficial. Sabe que en el mundo, es decir, en nuestra realidad humana, hay muchos defectos, muchos males; no ignora todas las razones del pesimismo moderno; más aún, la Iglesia descubre su causa fatal y radical, el pecado original; enseña también, con todos los más sinceros y despiadados diagnósticos del alma humana y de la historia terrena, que los males del hombre son profundos, renacientes, son, de por sí, incurables. Conoce los abismos del dolor, del pecado, de la muerte; sabe ver las profundidades de las injusticias humanas, de las miserias personales y sociales; sabe denunciar la temible amenaza de la "potencia de las tinieblas"; sabe llamar a

"las cosas por su nombre, con frecuencia innoble, doloroso, criminal; sabe llorar. La liturgia de la próxima Semana Santa nos dirá palabras conmovedoras y tremendas a este respecto.

"Más aún, la Iglesia nos desmentirá su pedagogía, su ascética "de contemptu mundi", que tanta parte tuvo en la educación medieval para la liberación del hombre de la materialidad y de la animalidad de la vida pagana y bárbara, y continuará marcando el aportamiento espiritual que debe existir entre el cristiano, orientado al "reino de los cielos", es decir, a la vida del espíritu y a la vida escatológica, más allá del tiempo, y la concepción autosuficiente de la vida terrena, esto es, el mundo pagado de sí completamente replegado sobre los bienes efímeros y falaces de la tierra. No en vano se ha hecho habitual hablar de la "Iglesia de los pobres" como de la Iglesia ideal, como también atribuir a la "Iglesia constantiniana" reprobables contaminaciones temporales (aunque la expresión sea un tanto impropia y parezca desconocer el gran acontecimiento histórico de la libertad inicial de la Iglesia).

"Todo esto es verdad y permanece. Pero no podemos olvidar el optimismo —deberíamos decir el amor— con que la Iglesia del Concilio mira al mundo, en el que ella misma se encuentra y que la rodea, la supera, la oprime con sus gigantescos y perturbadores fenómenos.

"Este es uno de los aspectos salientes del Concilio, considera el mundo en todas sus realidades con la atención amorosa que sabe descubrir en todas partes las huellas de Dios, y por ello la bondad, la belleza, la verdad. No es solamente ésta su filosofía; es su teología. He ahí para qué sirve la Revelación. La luz del Evangelio aclara el panorama del mundo, las sombras están ahí, terribles y fuertes, el pecado y la muerte sobre todo. Pero en todas partes donde se posa esa luz el reflejo de Dios resalta. La Iglesia lo busca, lo coge, lo goza. Lo encuentra en el cosmos, nadie como un verdadero cristiano puede quedar atraído por la fascinación del universo; su mirada se cruza con la luminosa de Dios creador, que dice la Escritura: "Vio todas sus obras y eran buenas" (Gén., 1, 31). Su mirada se detiene en el rostro del hombre, y en él descubre, en él especialmente, el reflejo divino. Se detiene en la historia de la humanidad y en ella encuentra un hilo conductor, un sentido que llega hasta Cristo y en él se centra, y así sucesivamente. Y se posa, sí, sobre este mundo moderno, y no teme, ni rehuye sino que contempla y bendice. Contempla y bendice la obra humana: la ciencia, el trabajo, la sociedad. Ve, como siempre, la miseria y la grandeza; pero hay además otra cosa, la Iglesia ve su vocación, su misión, la necesidad de su presencia, los hombres tienen necesidad de su verdad, de su caridad, de su servicio, de su oración."

S. S. Pablo VI, alocución en la Audiencia General de 30 de marzo de 1966 (texto italiano en *L'Ossevatore Romano* del 31, y texto castellano en *Ecclesia*, número 1.286, de 9 de abril).